

Victoria, pero ya sea porque unos ignorasen donde estaba, ya porque otros no quisiesen descubrirlo, jamás se pudieron tener noticias de él.



CAPITULO XV.

Tregua de paz.—Jura de la Constitución en 1820.—Noticia de la proclamación del Plan de Iguala.—Entusiasta acogida que tuvo en la intendencia de Veracruz.—D. Félix Luna se pronuncia en Chocamán.—El teniente-coronel D. José Joaquín de Herrera, después de la toma de Orizaba, intimó rendición á Córdoba.—Capitulación de la villa.—Separación de Herrera.—Prepáranse los independientes de Córdoba á la defensa.—Noticia de la acción de Tepeaca, y sus consecuencias.—Regreso de Herrera.—Aliento de los cordobeses.—Encuentro de las avanzadas del teniente-coronel realista Hevia con el guerrillero Luna, en Metlac.—Preséntase Hevia en Córdoba y ocupa la parte sur de la población.—Abre brecha Hevia con su artillería, asalta la plaza y es rechazado.—Muerte de Hevia.—Incendio provocado por los realistas para favorecer un segundo asalto.—Tercer asalto efectuado el 17 de Mayo.—Las caballe-

rias insurgentes atacan á las realistas por la retaguardia. — Repiten los realistas sus asalto: en el mismo día. — Llega Santa-Anna á auxiliar á Herrera. — Llegada de nuevos refuerzos. — Herrera intima rendición al jefe de los realistas. — Haciendo uso de una estratagemá se retira Castillo y Luna, siendo perseguido por Santa-Anna. — Apreciaciones de los sucesos de Córdoba en 1821 por los historiadores D. Julio Zárate y D. Carlos M. Bustamante.

La pacificación general de Córdoba, concluida en 1819 como se dijo en el capítulo anterior, permitió á las autoridades volver la vista hácia la agricultura, notablemente decaída con la guerra. Dictáronse algunas medidas á fin de estimularla, pero como las arcas municipales estaban exhaustas, no se consiguió ningún resultado de importancia.

Las atenciones hácia la guarnición absorbían por otra parte todos los fondos, pues que en el año citado todavía se invirtieron trece mil pesos en el sostenimiento de las tropas. Para arbitrase más recursos el Cabildo agregó á sus ya numerosas gabelas, una contribución por derechos de tránsito á las recuas, contribución que el virrey repobró, porque, según dijo, se hacía con ella contribuir á los gastos á pueblos extraños, siendo así que cada población debía por sí sola proveer á su defensa. Suprimióse, por tanto, la contribución citada, á pesar de haber hecho observar el Ayuntamiento que Córdoba había sido obligada á prestar ayuda, ya sea contribuyendo al pago de las

guarniciones de Orizaba, Puebla y Veracruz, ya sosteniendo columnas de tropas expedicionarias (1).

La tranquilidad de los habitantes del partido, por el principio de la paz, fué interrumpida momentáneamente por un fuerte temblor que se hizo sentir el 12 de Marzo de 1819, y el cual destruyó bastantes edificios, principalmente en la villa de Córdoba y en el pueblo de Coscomatepec.

Durante los siete años que durara la revolución armada en Córdoba, fueron incontables é incalculables los males que sufrieron los habitantes pacíficos, siendo muchos de ellos víctimas de la saña de los jefes realistas. En cuanto á los que tomaron una parte más ó menos directa en la guerra, y que cayeron en poder del enemigo, pagaron simplemente con la vida: en la sola villa de Córdoba fueron pasados por las armas más de cien individuos, según cálculos del P. Isassi, no obstante que el mayor número de insurgentes aprehendidos recibieron la muerte en el lugar mismo de su aprehensión.

A partir de 1819 los mismos motivos que hasta entonces habían hecho variar las opiniones, continuaron agitando los espíritus con pareceres distintos, si bien los partidarios de la independencia obraban más embozadamente. Como ya se dijo en otro lugar, en la

(1) Archivo municipal.

villa abundaban los partidarios del rey, no así en otros lugares del partido, en donde la insurrección encontró ardientes defensores (1). Los primeros eran europeos ó criollos enriquecidos con la esclavitud y el monopolio; los segundos constituían la población de los campos, ávida de libertad.

La constante lucha había ido despertando, sin embargo, el deseo de la emancipación entre muchos que al principio eran hostiles á la idea. Causas distintas hicieron engrosar más tarde el partido independiente.

Entre los realistas de Córdoba—como en algunas otras partes—dominaban las ideas absolutistas, así que su conmoción fué grande al tiempo de la promulgación de la Constitución de Cádiz en 1812. La alarma se calmó en los últimos días del gobierno de Venegas, aunque dió comienzo de nuevo al anunciarse que Calleja pretendía gobernar con la Constitución. El golpe que asestó Fernando VII á los liberales, á su vuelta al trono, calmó por completo los ánimos de los que creían que la dominación sería eterna. Contribuyó mucho á esta creencia el estado decadente de la guerra de independencia en los últimos años, pues que al final, aparte de algunas gavillas que operaban en Mi-

(1) Por confesión misma del Ayuntamiento sólo permanecieron fieles al rey, Amatlán y Santa Atzacan (hoy perteneciente al cantón de Orizaba).

choacán, sólo quedaban indómitos en el sur de la Colonia, Guerrero y Pedro Ascencio.

La revolución iniciada por Riego en la Península volvió á llenar de horror á los que veían peligrar sus intereses particulares con el triunfo de las ideas de libertad. El restablecimiento de la constitución española, consecuencia de dicha revolución, pareció sin embargo no afectar á los cordobeses. Los realistas y los antiguos amigos de los insurgentes juraron, en efecto, en la villa, la constitución el 18 de Junio de 1820, con la mayor tranquilidad. El cura D. Miguel Valentín predicó en el acto, haciendo grandes elogios de la Carta, pareciendo haber olvidado su ardiente amor al rey y al absolutismo.

En este estado las cosas voló por los ámbitos la noticia del plan proclamado en Iguala por el antiguo y sanguinario realista D. Agustín de Iturbide, plan de que se tuvo conocimiento oficial el 6 de Marzo de 1821.

Iturbide proclamaba la independencia absoluta de la Nueva España, declarando que la religión de esta sería la católica, apostólica romana y su gobierno el monárquico moderado con arreglo á una constitución que se formularía á su tiempo. Era llamado á ocupar el trono, con el título de emperador, el rey de España Fernando VII, ó en su defecto el infante D. Carlos, D. Francisco de Paula, el archiduque D. Car-

los ú otro príncipe de casa reinante. Se determinaba la manera como debía quedar constituido el gobierno mientras se presentaba el soberano, se declaraba quienes eran ciudadanos del imperio, se normalizaba el ejército y se afirmaban los fueros y preeminencias del clero.

Los dos partidos vieron en el nuevo plan su salvación: para unos era la eternización de sus privilegios y prerrogativas; para otros era la emancipación de España.

He aquí los factores que contribuyeron á que en Córdoba se recibiera con entusiasmo la noticia del pronunciamiento de Iturbide.

La noticia de la nueva revolución coincidió casi con la separación del coronel Hevia de la comandancia militar de Córdoba, que dicho jefe había vuelto á ocupar. Hevia entregó el mando al coronel D. Miguel José Bellido, antes de marchar á la capital, por orden del virey, con su batallón de "Castilla."

Hácia ese tiempo importantes acontecimientos tenían lugar en la intendencia de Veracruz.

A mediados de Marzo se adhirió Jalapa á la causa de la independencia, pasándose á los contrarios en la Banderilla, un cuerpo de tropas del rey capitaneadas por el teniente D. Celso Iruela. Dicho movimiento fué el precursor de la activa parte que habían de to-

mar los veracruzanos en la defensa del plan de Iturbide.

A poco del pronunciamiento de Iruela, se incorporó á los independientes, asumiendo el mando, el antiguo jefe realista teniente-coronel D. José Joaquín de Herrera.

Nuevos levantamientos se sucedieron en seguida, pues á fines del mismo Marzo se pronunció el pueblo de Actópam (partido de Jalapa) á la voz del presbítero D. José Martínez. Unióse á Martínez poco después el antiguo insurgente D. Francisco Miranda, quien en otras épocas había militado en tierras de Córdoba. Ambos jefes se presentaron frente á Orizaba.

En todo ese tiempo, desde el anuncio del pronunciamiento de Iturbide, el cabildo cordobés se dispuso á la defensa, mandando levantar los parapetos que habían protegido á la villa en años anteriores. No contando con tropas suficientes por la partida del batallón de "Castilla," el comandante militar Bellido pretendió reorganizar el cuerpo de voluntarios realistas, denominado "Patriotas distinguidos de Fernando VII," sin llegar á conseguirlo; antes bien la mayor parte de los individuos que constitufan el batallón se resistió á presentarse.

El antiguo y valiente guerrillero insurgente D. Félix Luna, quien se había visto obligado á indultarse

por la fuerza de las circunstancias, volvió á alzarse en armas, á la sazón, por el rumbo de Chocamán. Engruesada rápidamente su partida, se movió el 20 de Marzo con dirección á Orizaba (1).

Los temores del Cabildo crecieron con esto de punto, viéndose por ello obligado á solicitar el auxilio del gobernador de Veracruz D. José Dávila. Este jefe ordenó, en consecuencia, que pasasen á la villa cincuenta hombres del batallón de Asturias, entonces de guarnición en Huatusco, confiando la comandancia de Córdoba al jefe de aquellos, el teniente-coronel D. Juan Alcocer.

La fermentación de los ánimos era, mientras tanto, extremada en la villa de Córdoba y su partido. Pronto subió de punto con la noticia de la llegada del jefe independiente Herrera frente á Orizaba; de la adhesión del comandante militar de ella, D. Antonio López de Santa-Anna, al plan de Iguala; y de la entrada de los insurgentes en la vecina villa, el 29 del mismo Marzo.

Al siguiente día el teniente-coronel Herrera ofició al Ayuntamiento de Córdoba, exponiéndole la justicia de la causa que defendía é instándole á que se le adhiriese. El Cabildo contestó á esta comunicación que

(1) Archivo municipal.

no podía resolver nada en el asunto, por ser cuestiones de la competencia del comandante militar (1).

Como consecuencia, el teniente-coronel Herrera marchó contra Córdoba el 31, intimando rendición á la guarnición, en la tarde del mismo día en que se presentó delante de la villa.

Considerando Alcocer imposible la resistencia con el muy corto número de soldados que le obedecían, y sabiendo además que no podía contar en nada con los habitantes, reunió una junta de guerra de la que resultó que fuesen comisionados los capitanes D. Bernardo Antonio de Herrera y D. Baltazar Bedoya, para tratar con el jefe independiente de las bases de la capitulación. D. José Joaquín de Herrera accedió á las propuestas que se le hicieron, á condición de que los individuos de la guarnición fuesen libres para seguir ó no al partido insurgente, entregando en el último caso las armas.

La capitulación fué firmada inmediatamente, por lo que á la mañana siguiente (1.º de Abril) ocuparon las tropas independientes á Córdoba, en medio del entusiasmo y regocijo del vecindario (2).

Con la rendición de Córdoba cobraron ánimo las diversas partidas insurgentes regadas en el país, de

(1) Archivo municipal.

(2) *J. D. Isassi. Op. cit.*

quienes fueron desterrados á petición del mismo pueblo (1).

En medio del entusiasmo popular se comenzaron á construir las fortificaciones con grandísima actividad, bajo la dirección de los vecinos D. Antonio López Guarda-el-muro y D. Francisco Calatayud, comisionados al efecto.

Así se pasaron los primeros días de Mayo. El 10 corrió el rumor de que por el rumbo del Naranjal había aparecido una fuerza realista. En el acto se presentaron en la plaza doscientos cincuenta hombres, de los que se habían obligado á la defensa; acudieron, también veinte amatecos armados, al mando de su capitán D. Pascual de los Santos García.

Tales eran los preparativos y el aliento de los cordobeses al entrar Herrera en la villa, el 12 del mismo Mayo, al frente de doscientos infantes y cien caballos. Constituían los primeros varios piquetes de los batallones Granaderos, Imperiales, Fernando VII, Fijo de Veracruz y Barlovento; componían la caballería, la compañía del antiguo guerrillero Félix Luna, unida á algunos soldados de los cuerpos provinciales de Puebla y Dragones de América.

Como era natural, el teniente-coronel Herrera se hizo cargo del mando de la plaza, inmediatamente

(1) *J. D. Issasi. Op. cit.*

después de su llegada. Ocupóse de preferencia dicho jefe en concluir y perfeccionar las fortificaciones, confiando este delicado encargo al teniente-coronel D. José Durán, quien dió cima á sus trabajos en el corto espacio de tres días.

El nuevo comandante militar distribuyó las armas de que pudo disponer entre ochenta vecinos, y no pudiendo hacer igual cosa con otros que también querían tomar parte en la obra común de defensa, los empleó en distintos é importantes trabajos, siendo después muy útiles sus servicios en los días del ataque.

Todos los parapetos fueron cubiertos con las tropas y paisanos armados disponibles, menos con la caballería, que recibió orden de salir fuera del perímetro fortificado y vigilar las avenidas, hostilizando al enemigo luego que se presentase.

El 15 (en cuyo día se había sentido un ligero temblor de tierra en las primeras horas de la mañana) se avistaron las avanzadas de Hevia con los soldados de Luna, en la barranca de Metlac. El intrépido guerrillero se batió en retirada y en perfecto orden, con el fin de dar aviso de la aproximación del enemigo. Hacia las tres y media de la tarde se presentaron las fuerzas realistas en la villa, por el Rastro (1), y media

(1) Penetrando por el antiguo *camino de los coches* y la calle que hoy se llama *de los carros*.